

El trágico fin del amoroso príncipe puede interpretarse como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos tísicos y cardíacos se suicidan para escapar á la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿cómo nos extrañará que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven partenopeo comprendió la gravedad de su inconmensurable amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando á su prometida, vaciló frente al peligro, temió amar por mucho tiempo todavía, en este continuo padecer del que vive atormentado por una idea obsesiva: resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final á la angustia, buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, «como debiera ser» si los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados, es porque los enfermos del espíritu no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas saben que en muchos casos la locura es un infortunio que se ignora.

Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

Las Manos de Eleonora Duse (1)

Las manos de Eleonora Duse (1)

Viena, 1906.

La línea cumple en ellas el prodigio más unánime; la gracia desgrana mil sonrisas en la exquisita virtuosidad de sus movimientos; el ritmo culmina en trepidaciones inagotables; la intensión sutaliza sus matices más persuasivos. Palpita en ellas una elocuente profundidad de vida: ora combustión de pasiones, ora pavor de tragedias, inacabable desmayo de ternuras, ayes estertorosos, languideces supremas, ansias incontentibles, alternativamente. Razonan, embriagan, seducen, conmueven, convencen.

Agita en cada mano la mitad de su alma.

* * *

Manos que viven y piensan y aman y lloran é impetran: no tienen iguales. Esfúmase en ellas la gama sentimental de más ricos semitonos, exclusiva. En vano peregrina el recuerdo y la imagina-

(1). «Entre todo lo que han dicho de mí, nada me ha sido tan grato como las páginas que Ingegnieros ha consagrado á mis manos.» *Eleonora Duse*, en París, 1907. (Interview de Enrique Gómez Carrillo.)

ción divaga. La belleza, la elegancia y la fuerza conciertanse en ellas con plena armonía: humanas pupilas no vieron jamás dos estuches de emoción labrados por más sabio orfebre. Son obras maestras que aniquilan en germen cualquier parangón, hermanas gemelas de una estirpe que en ellas se inicia y termina.

* *

Su físico es de hadas. El brazo parece brotar entre mangas de sedas de Esmirna, cual de una hamadriade que vagara en el sendero de un bosque desierto, donde ni sombras de faunos pudieran perturbar sus meditaciones amorosas. Cuando se mueve conoce el secreto de complicadas actitudes; cuando reposa ostenta la misma desgairada elegancia de Mad. Recamier en el cuadro admirable de David.

De tal brazo ellas nacen como abanicos á medio entreabrir, y decora la punta de cada varilla, coqueta y flexible, una gema rosada, orgullosa en su engarce. Cuando la pasión las empurpura, diríanse esculpidas en ónice rosa de Escocia; cuando las hiela el enojo, torneadas en marfil impoluto; cuando la agonía las invade, talladas en mármol violáceo de Tynos. Cambian á compás del voluble corazón que late. Ya están frías como el desdén y la deshonor, ya tibias como la pechuga de un pajarillo en celo, húmedas como párpados en efusión de congojas, secas como labios mordidos por la fiebre. Cuando entreabre los cinco dedos sobre el seno mórbido ó sobre un albo teclado, como un heliántropo besado por un rayo de sol, no sabría decirse qué es: una aterciopelada estrella de mar arrancada al abismo por una ondina caprichosa ó una vi-

viente blanca flor, cogida por Pan entre el bosque para ornar las sienes de Syringa perseguida.

La riqueza de sus gestos se esparce en inextinguibles sinfonías de movimientos.

Ora son indecisos, como los labios de un efebo que entrega su amoroso corazón en el temblor del primer beso; ora absolutos como el deseo vehemente de una mujer que adora: inciertos como el abrazo de una infiel; subrepticios como la palabra del que ya no ama y aun engaña. Son gestos innumerables y proteiformes: sonrientes como la esperanza, entrecortados como la ansiedad no satisfecha, melancólicos como el crepúsculo en la pampa, ingenuos como la fe, mustios como una amapola que agoniza sobre un seno hermoso.

Si su alma está risueña, las manos se animan, como juguetes de gnomos enloquecidos de amor y de jarana; si distraída, cascabelean al vibrar, como un aleteo de avecillas entre las espigas de una mies madura; si doliente, ellas recorren todos los matices de una melopea sentimental, intérpretes expresivos de su angustia y pesadumbre.

Cuando su corazón se inquieta, comienzan á revolotear como alas imprevisoras que abanicen el aire sin violencia. Después se pliegan sobre sí mismas, cadenciosamente: así el apagarse de un arpegio en las sonatas en tono menor, así la interna murmuración del favonio, que se desliza furtivo entre los pétalos de una eglantina.

* *

No ignoran la expresión de ningún sentimiento humano. Son divinas é infernales, castas y voluptuosas, tiernas y violentas: todas las manos del universo están «esenciadas» en las suyas. Extin-

guidas de romanticismo cual las ve Burne Jones, sensuales como las sintió Murillo para sus vírgenes, viciosas como las que pone Anglada á sus mujeres de Montmartre, ensortijadamente aristocráticas las de Ingres, exiguas y frágiles en las damas de Gainsbourough, transparentes de poesía las de John Sargent, tranquilamente desmayadas las que en sus telas insinúa Puvis de Chavannes.

Ora la mano se crispa como garra que se clava y no suelta, rasga como lima que muerde, se alivia como espuma flotante, se tuerce como espasmo que desespera, se enarbola como enseña que llama, se aprieta como un nudo sofocador, se oculta como estrella que se apaga, avanza como un puñal vengativo, crepita como antorcha incendiaria, se vuelca como lluvia inundante, desborda como aluvión devastador, voltigea como torbellino que arrasa. Es lúgubre y serena en el delito; empuña el arma con donaire, como la mano del Perseo de Benvenuto Cellini; tranquila sobre la espada que decapitara á Medusa. Es también orgullosa y humilde en la ternura; no perdería su garbo si le tocara sostener á un Jesús inmutable, como la Virgen de la Pradera, de Rafael.

Es, empero, suprema en el amor. La mano fué siempre el más elocuente mensajero y el más indisoluble nudo amoroso. Julieta nació á la dicha cuando Romeo tocó su mano ingenua. Siempre el corazón lleva su fuego á las manos, y éstas atraen como al hierro dulce el imán, como á la abeja el polen, como al toro la capa de escarlata. Así esparcieron el amor sobre el mundo las manos transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí, que buscaban en la obscuridad, tropezando como dos mariposas ciegas; las manos embriagadoras de Manón y las satánicas de la

Montespán, insaciables pulpos de voluptuosidad, las manos inseguras de Mad. Bovary, traidoras de su ilusión antes que el labio, engañando al propio corazón incomprensible; las soñadoras de mil Ofelias y Eloisas, adelgazadas por el amor que enferma su apretón de manos. ¿Recordáis la galante cuarteta de Voltaire á las gárrulas manos de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D'Annunzio—discreto elogiador de manos—al resumir en las de Silvia Settala toda la poesía de la belleza y del amor.

* * *

Son nidos de caricias. Ora sencillas, para acariciar ángeles vaporosos cual los de Luca della Robbia; ora complejas, insuperables para despertar dormidas sensualidades. Podrían deslizarse sobre un cuello con más suavidad que un filo de guillotina; ó pasear ágilmente por sobre los huesecillos de las vértebras sembrando el calofrío, como una felpa ó contrapelo; ó esparcir sobre un busto efébeo el ajeteo de mil cosquillas interminables, convirtiendo la piel en teclado armonioso bajo la yema de sus dedos.

Manos hechas para prestidigitar corazones, para estrangular dulcemente cuellos anserinos, para animar nivosas cabelleras centenarias ó peinar rulos de poetas soñadores, para hilar el purificador que cubre el cáliz, para domar leones, para tejer coronas, para ofrendar guirnaldas, para impartir bendiciones, para saludar á los hombres, para dar filtros de amor, para desvanecer sombras, aplacar iras, disipar dudas, destruir conjuros.

Manos destinadas á interpretar sentimientos absolutos, cuando la palabra no sabe traducirlos,

Leda, al verlas, pediríalas para acariciar el cuello de Júpiter transfigurado en cisne, como en la tela de Leonardo. El arpa eólica gemiría mejor bajo sus dedos que por la misma filtración del austro. La seda estrujada por tales manos podría estremecerse como el aire en la caña de una flauta ó quebrarse como un rayo de luz sobre un espejo.

Es tan fino el contacto, tan dulce el deslizar de su piel, que ganas dan de trocar la carne mortal por arena eterna, anhelando que esa mano cogiera un puñado y la dejara tamizarse lentamente por entre los dedos, como si éstos fueran una clepsidra animada y sensual.

* * *

Manos ejemplares, modelos de artista, merecen inspirar el numen de los trovadores y los músicos, de los coloristas y los modeladores. Mil cuadros, mil mármoles reflejan su línea y su tono en movimientos diversos. Cuando están quedas parecen de cera devota y ferviente, como la en que fundieron manos de vírgenes los primitivos, como las que pintaron Giotto y el Angélico, Filippo Lippi y Botticelli, Verrocchio y el Ghirlandaio. Si una de ellas señala el cielo con su índice, evoca la línea perfecta en que compiten el *Mercurio* de Juan Bolognia y el *Bautista* del sumo Leonardo. Juntas para orar y pedir, no envidiarían á las de *Santa Magdalena* de Timoteo Vetí ó á las de la misma Virgen que exorna *La Natividad* de Van der Goës. Volando en el aire, huyendo infidentes tentaciones de amor, son imprevisoras como las de Dafne seguida por Apolo en la obra maestra de Bernini. Resueltas á la acción, tendidas como arco dispuesto á fulgurar su flecha, ampliados los brazos en gesto

absoluto, unánime, igualan el soberbio ademán de la heroína que separa á sabinos y romanos en la clásica tela de David. Firmes y seguras, diríanse las de Judith llevando la cabeza de Holofernes, en el cuadro de Allori. Cuando la alarma las llena y conmueve, supónese que las vió Rubens antes de inmortalizarse en el *Rapto de las hijas de Leucipo*. Otras veces las sacude intermitente emoción y el pulso altera su ritmo, como la diestra de la finísima dama de Fragonnard que graba en un tronco la *Cifra de Amor*. Y más, aun más expresivas, se esparcen y se anudan, minuto tras minuto, como las inenarrables—abiertas las unas, cerradas las otras—eternizadas por Bouguereau en la *Virgen Consoladora*.

Todas parecen fijar en el tiempo un minuto de las suyas instables y eternas. Un solo momento de inquietud perfecta, pues tales como son, vivientes, sonrientes, elocuentes, no están en parte alguna ni se encuentra su molde en las más pristinas obras del arte humano.

* * *

La *Venus de Milo* ha perdido las suyas.

¿Las recogió algún misterioso Lohengrin fascinado por sus primores, llevándolas á un remoto Monsalvado para infundirles vida y encarnarlas en esta viviente transfiguración que arrastra al éxtasis, al paroxismo?

No pueden ser otras. O la belleza tiene incógnitas cuyo enigma nos será perpetuamente insoluble.